

1º Marzo, 1979

Películas para llorar

■ La señora —que ya tiene sus años— me dice que hace mucho tiempo ha dejado de ir al cine. Me asegura que no se trata de achaques propios de su edad lo que le impiden salir, ni, tampoco, que se escandalice con las audacias de los temas en boga.

“Lo que sucede —me confidencia con cierto rubor— es que ya no hacen películas de las que a mí me gustan”.

—¿Y cuáles son las que le gustan —le pregunto con curiosidad.

—Las que hacían llorar —me dice ella, mientras suspira con añoranza.

Pienso que, en verdad, la buena señora tiene razón. Ha ido desapareciendo ese tipo de películas a las que se debía asistir con una buena provisión de pañuelos para secar discretamente las lágrimas, aquéllas de las que uno salía del cine con los ojos rojos y con el espíritu desahogado, y que lo hacía exclamar: “¡Gocé la película, me la lloré de principio a fin!”.

Trato de recordar nombres de algún film de la última hornada en que haya visto al público llorar silenciosamente y no lo encuentro. El más cercano que recuerdo es “Love Story”, y, de eso, han pasado sus buenos años. Y me parece que es una lástima que sea así.

Las películas “para llorar” significaban una catarsis, una forma de dar rienda suelta a la emoción, en que la oscuridad de la sala nos servía de pantalla protectora. Llorar está mal visto socialmente. Cada vez que se asoma una lágrima en el rostro de alguien que esté acompañado, nace de inmediato el esfuerzo de los demás para detenerla. Diríase que llorar es obsceno, que incómoda, y, sin embargo, es la expresión de la pena, como la risa es la de la alegría. Y, por lo tanto, uno de los atributos del género humano que no debiera ser reprimido.

Las películas “para llorar” nos daban la oportunidad para hacerlo impunemente. El hombre que crece bajo el

absurdo slogan de que “los hombres no lloran”, podía hacerlo con tranquilidad, y, en ese caso, sus lágrimas no eran para los demás signo de debilidad, sino de sensibilidad.

Se podrá decir que los melodramas de la televisión han venido a satisfacer esta verdadera necesidad social de llorar, pero no me parece que sea lo mismo. Además de lo burdo de sus recursos, que ofenden la sensibilidad más que provocarla, llorar solo, frente a un televisor, carece del placer del llanto colectivo, que se produce en un público multitudinario. Sentir que el vecino llora a nuestro lado nos incita a no contener nuestras propias lágrimas y, además, si es vecina y buenamoza, nos sirve de pretexto para ofrecerle nuestro consuelo.

Me extraña que los ejecutivos de la industria cinematográfica, siempre apoyados en encuestas y mediciones de preferencias del público, hayan abandonado este tipo de películas, que siempre ha probado dar jugosas entradas. Recordemos, sin ir más lejos, que el cine mexicano estableció su reputación en medio de un mar de lágrimas que provocaban los hermanos Soler, Libertad Lamarque y otros nombres que se especializaron en promover el llanto.

Tal vez, la razón de este abandono del género se encuentre en que lo que antes hacía llorar, lo que nos parecían dramas de inmensa tristeza, la vida real los haya convertido en pan de cada día: matrimonios disueltos, amores desdichados, hijos ingratos, muertes trágicas.

Y cuando a diario hay que llorar con lo que nos sucede y sucede a los seres queridos, ¿qué necesidad hay de ir al cine para hacerlo?

La ficción sirve para proveernos de aquello que la vida no nos entrega. Esa debe ser la razón por la cual, hoy, el género más común en el cine es la comedia.